

Discurso lanzamiento: “Sebastián Piñera Echenique en 50 voces globales”

Buenas tardes. Me siento muy honrado de poder entregar estas palabras en el lanzamiento de este libro *Sebastián Piñera Echenique en 50 voces globales*. Es difícil discurrir algo novedoso después de los lindos testimonios en su memoria que contiene el libro, muchos de ellos basados en inéditas experiencias personales. Al leerlo, es fácil darse cuenta de que estamos frente a una persona muy excepcional cuyo legado trasciende sin duda el tiempo que vivió. Un legado del cual también nos sentimos parte como universidad impulsando la *Iniciativa UC Presidente Sebastián Piñera*, el cuidado y puesta en valor de su archivo personal, y la relación que tenemos con el Parque Tantauco.

Cuando en medio del verano de ese 2024 Chile y el mundo recibieron la noticia de la muerte del expresidente en el lago Ranco, comenzó a emerger un sentimiento, un estado de ánimo, que hasta entonces no se había asentado con tanta claridad en muchas personas y en la conciencia colectiva. Se fue construyendo a partir de la reflexión sobre momentos, palabras y gestos dispersos que habían quedado en el recuerdo de muchos, tales como “Conversaciones donde él aparecía escuchando con apertura, dispuesto a modificar su posición original, examinando pragmáticamente la evidencia”. “Una charla extraordinaria con cada palabra explotando en rápida sucesión, sin tiempo para respirar”. O una frase que muchos de quienes trabajaron con él nunca olvidaron: “Cuenta conmigo, no los vamos a dejar solos”.

Dos veces presidente de Chile, exalumno UC, doctor en Economía por Harvard, empresario pionero, hombre de “ojos brillantes y expresivos”, “esposo amoroso y preocupado”, “padre y abuelo orgulloso y amigo cálido”, un “generador de ideas y de soluciones”, el expresidente Piñera despertó el afecto de un pueblo y una lealtad que trascendió fronteras, generaciones y diferencias políticas.

Su hija Magdalena comprendió que las historias de quienes compartieron con él desde algunos de los espacios más influyentes de la política, la economía y la sociedad merecían ser relatadas y permanecer agrupadas en un solo lugar. Este libro que hoy presentamos reúne cincuenta memorias que, juntas, construyen uno de los retratos más humanos que se hayan escrito sobre un estadista chileno. Y el hecho de que ese retrato provenga de líderes mundiales, expresidentes, primeros ministros, economistas, intelectuales y figuras internacionales le otorga un valor excepcional. Son personas acostumbradas a convivir con el poder. Precisamente por esa experiencia, saben distinguir entre la autoridad que otorga un cargo y aquella que se gana por el respeto y reconocimiento de su nación. Según cuenta Magdalena, la idea surgió de “aquilatar, luego de un tiempo, estas muestras de cariño”. Lejos de acumular elogios, aquilatar la memoria que perdura con el paso del tiempo de aquella lisonja que existe siempre mientras se ejerce el poder. Y lo que estas páginas revelan es que, una vez desaparecida la investidura, la admiración no solo permaneció intacta, sino que creció.

Hay algo que distingue a los escritos de este libro de los homenajes convencionales. Me refiero a la precisión de los recuerdos, detalles inaccesibles para quienes solo leíamos la

prensa y no éramos parte del círculo político o de gobierno. Detalles que sobreviven cuando una persona deja una huella lo suficientemente profunda como para recordar aquellas características que la hacían única. Puede ser el color del lápiz con el que él “subrayaba sus documentos”, o el tipo de preguntas que solía hacer: “profundas desde el punto de vista conceptual y muy precisas desde el punto de vista técnico”. Saber que “darle una idea que le gustaba era comprometerse a implementarla”, o reconocer que “sabía de memoria poemas en francés” muestra que no estamos frente a una mera lista de cualidades. Estamos frente a la memoria viva de una persona notable. Y son esos pequeños gestos, imposibles de fabricar, los que convierten este libro en algo muy genuino: cincuenta miradas que terminan revelando no solo al dos veces presidente de Chile, sino al ser humano que permanecía cuando se relacionaba con los líderes del planeta.

Quien lo haya leído tendrá sus pasajes favoritos. Para mí, uno de ellos es el del expresidente de Estados Unidos Barack Obama quien conserva un recuerdo nítido de la visita del expresidente a la Casa Blanca en 2013. Lo evoca sentado detrás del escritorio en el Despacho Oval, con una sonrisa, mientras cuenta que bromeó con él diciéndole que se veía bastante cómodo allí. “Y la verdad es que”, escribe el presidente Obama, “tanto en Washington como en Santiago, Sebastián se comportaba con la confianza de un líder”. También recuerda el cariño con que fue recibido por él y su esposa Cecilia la vez en que visitó Chile. Describe el presidente: fueron “unos anfitriones generosos” para él, para Michelle, para sus hijas y, sobre todo, agrega, “para su suegra”.

Por su parte, Emmanuel Macron recuerda al presidente Piñera como “un socio formidable”, aunque la palabra que más pesa en su texto es otra: “perseverancia”. Una perseverancia que, según él, era inseparable de su carácter y de su temperamento. “No se rendía ante nada”, escribe Macron, y esa frase adquiere una fuerza distinta cuando se lee junto a las otras cuarenta y nueve, porque, desde idiomas, culturas y trayectorias políticas completamente diversas, los autores terminan describiendo rasgos sorprendentemente similares.

La presidenta del Banco Central Europeo, Christine Lagarde, que llegó a Chile con un conocimiento “teórico” de la economía chilena gracias a los informes del Fondo Monetario Internacional, escribe que fue el presidente quien le entregó el conocimiento “práctico”, a través de las visitas que organizó durante su estadía y de sus detalladas explicaciones sobre el proceso de reconstrucción posterior al terremoto de 2010. Hay en ese contraste, entre la teoría y la práctica, entre el documento y la realidad, algo que lo define: era un hombre que sabía el valor de los números, pero también que la historia verdadera siempre ocurre con las personas y en sus relaciones.

Pocas páginas de este libro son tan conmovedoras como las de María Corina Machado, Premio Nobel de la Paz 2025. Machado cuenta que la última vez que habló con él fue ese mismo 6 de febrero. Conversaron sobre acciones para apoyar su eventual candidatura presidencial en Venezuela. Dos horas después, su jefe de relaciones internacionales entró a su oficina “lívido, sin articular palabra” y le mostró la noticia en su teléfono. “Se me detuvo el corazón”, escribe Machado. “Sentí un vacío inmenso, porque sabía que nadie nunca podría ocupar su lugar”.

En 2015, cuando era acusada de conspiración, el presidente la llamó para preguntarle: “¿Qué podemos hacer por ti y por Venezuela? ¿Les ayudaría si vamos varios expresidentes hasta allá?”. Y lo hizo. Aterrizó en Caracas junto a Andrés Pastrana y Felipe Calderón, soportó las acusaciones del entonces régimen y declaró que “hay principios que no aceptan fronteras, como levantar la voz ante la amenaza a la democracia”.

Las palabras de José “Pepe” Mujica, expresidente de Uruguay, quien representó, en casi todos los sentidos imaginables, el extremo opuesto del espectro político que el presidente Piñera habitó, recuerdan que puso un avión a disposición para trasladar las primeras vacunas provenientes de China hacia Uruguay durante la pandemia. “Son gestos que van más allá de las ideas”, escribió. “Teniendo diferencias políticas, tuvimos una profunda relación, una profunda admiración”. Son el tipo de frases que describen con especial claridad el tipo de liderazgo que ejerció al construir confianza sin exigir coincidencias.

Iván Duque, aliado cercano del presidente durante sus últimos años, entrega algunas de las páginas más íntimas del libro. Recuerda la primera reunión que sostuvieron en Buenos Aires durante la campaña presidencial de 2018. El encuentro debía durar treinta minutos y terminó prolongándose durante más de tres horas. Insiste en que incluso fuera del poder, el expresidente Piñera seguía preguntándose de qué manera podía volver a servir. “Esa era su vocación”, escribe Duque. “Como me dijo alguna vez, el servicio público nos brinda las mayores satisfacciones de la vida”.

A medida que avanza la lectura del libro, los testimonios dejan de sentirse como recuerdos aislados y comienzan a dialogar entre

sí. Una anécdota complementa a otra, una escena explica un rasgo de carácter que reaparece varias veces después. Y en ese diálogo entre las voces del libro también empiezan a encontrar un lugar nuestros propios recuerdos.

El mío vuelve a 2010. Después de que Chile fuera sacudido por uno de los terremotos más grandes registrados en la historia, de hecho, el quinto más grande en ese momento, con más de 500 kilómetros de territorio afectado, ciudades e infraestructura dañadas y un país que reconstruir, recuerdo la imagen del presidente Piñera asumiendo el gobierno frente a ese enorme desafío (además con una réplica del terremoto que todos recordamos).

Habiendo dedicado mi vida a estudiar la respuesta de estructuras y sistemas a grandes terremotos, me impresiona hasta hoy la claridad con que su gobierno avanzó en la difícil tarea de la reconstrucción, sin experiencias similares desde el 3 de marzo de 1985. Reconstruir un país significa mucho más que reponer aquello que el terremoto había destruido. Significaba también aprovechar ese proceso para hacerlo mejor. Y eso fue lo que ocurrió. Cambiaron normativas, aumentó la resiliencia de las estructuras y se transformó la manera en que el país mejoraba para enfrentar futuros desastres. Aquel proceso, reconocido fuera de Chile por la efectividad y tiempo récord, me permitió observar una característica del presidente Piñera que no veo comúnmente. Él tenía una mirada sistémica, una capacidad para enfrentarse a problemas extraordinariamente complejos, comprenderlos en su conjunto y convertir esa comprensión en acción decidida. Vuelvo hoy a ese episodio porque creo que allí se revela algo esencial de su manera de entender el servicio público y, también, una

parte de su gran inteligencia y claridad que forman parte del legado que este libro nos invita a preservar.

Su hija Magdalena escribe que su deseo es que este libro sea “un testimonio vivo, que inspire a las futuras generaciones”. Esa aspiración ya ha dado su primer paso y se logra en cada recuerdo, en cada escena y en cada detalle que alguien conservó durante años antes de llevarlo a este escrito. Estas cincuenta voces consiguen devolvernos la presencia de la persona del expresidente Piñera, no en lo físico ni en lo material, pero sí en lo intelectual y espiritual. Y esa es, probablemente, su mayor virtud. Hay libros que explican a sus protagonistas, y otros que permiten encontrarse con ellos. Este pertenece, con generosidad, profundidad y rigor, a esta segunda categoría.

Muchas gracias